

LIBROS

Henry Kissinger,
Diplomacy
Simon and Schuster
Nueva York, 1994, 912 págs.

En este s. XX, según Henry Kissinger, América (es decir, los Estados Unidos) habría hecho tres salidas a la esfera internacional más allá de los Océanos que la aislan y la protegen. La primera, la wilsoniana, tras la victoria de 1918 y Versalles; la segunda, al final de la Guerra Mundial, para contener el expansionismo soviético. La tercera sería la de ahora, al fin de la Guerra Fría. América, insiste Kissinger, es el primer país construido sobre la idea de libertad, de donde le viene una cierta vocación misionera de su propia ideología, cuya extensión universal haría más feliz a la humanidad y a los pueblos que la integran. Ese sería, se le ocurre a un lector de este libro, el verdadero sueño americano. En su seguimiento, América se habría presentado al mundo como un luminoso faro o como un cruzado: Roosevelt (Theodor) o Wilson.

Al emprender su tercera salida (a uno le recuerda a Don Quijote, aunque el autor no lo mencione)

América tendría que definir –o redefinir– su interés vital como nación y como gran potencia. La doctrina Monroe valía para el s. XIX, pero para ahora resulta “muy restrictiva”. El wilsonianismo (que cambie el mundo en dirección al “bien”, sin el uso de la fuerza) “demasiado vago y legalista”.

América, para Kissinger, es una isla situada entre las dos costas de la gran masa continental de Eurasia. (Africa, digo yo, es todavía poco importante en terminos geopolíticos y, además, está al Sur). El dominio por una sola potencia de cualquiera de las dos principales esferas de la gran masa eurasiática –Europa o Asia– es una buena definición de un peligro estratégico para América. El interés vital americano en el nuevo orden mundial habría de consistir en que se establecieran sistemas de equilibrio, que lo eviten. Algo, al fin y al cabo, parecido a los equilibrios intraeuropeos del XVIII y del XIX. Pero algo que seguramente está lejos de ser asimilado como un objetivo –un *goal*– por el pensamiento o la leadership americana. Pero siempre las grandes opciones políticas han de perseguir un equilibrio –balance– entre los “valores” que se quieren defender o servir y la “necesidad” impuesta por el contexto histórico. Kissinger termina diciendo que hay un proverbio español (se refiere a los famosos versos de Ma-

chado) que dice: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar". Es lo que tendrá que hacer América ante el "nuevo orden mundial".

El libro es denso, brillante y voluminoso. Comprende un agudo análisis de la historia del "poder" en el mundo, durante casi cien años, con antecedentes en los dos siglos anteriores, realizado desde la perspectiva de un pensador político americano de la experiencia y la gran cultura de Henry Kissinger. ■ **Antonio Fontán.**

Alain Peyrefitte,
C'était de Gaulle

Fayard

París, 1994, 598 págs.

Un libro de Alain Peyrefitte suscita siempre en el mundo intelectual y político la atención debida a quien ha acreditado saberes universales en tantas obras diversas, escritas siempre con rigor profesional en una prosa magnífica. Pero un libro de Peyrefitte sobre de Gaulle, bajo cuyo mandato presidencial fue secretario de Estado para la Información y portavoz en el Gobierno de George Pompidou durante el período 1962-1965, además de confidente privilegiado a lo largo de una relación ininterrum-

pida de diez años fundamentales -1959/1969-, confiere a esta obra un valor histórico capital, comparable *mutatis mutandis*, al *Memorial de Santa Elena*, fruto de las conversaciones de Napoleón con el Conde Las Cases.

Alain Peyrefitte, político y académico a quien Giscard d'Estaing ofreció en 1974 ser Primer Ministro de Francia antes que a Jacques Chirac, empieza en este primer tomo la publicación de las notas recogidas fielmente tras más de trescientas entrevistas personales con el general de Gaulle, al margen de las sesiones oficiales del Consejo de Ministros. El período contemplado aquí es muy amplio -de 1942 a 1963-, aunque el autor dedica, como es lógico, el mayor número de páginas a los años cruciales de 1958-1962, año este último en que, después del éxito de las elecciones de noviembre, las instituciones de la V República quedan verdaderamente instaladas y se ponen en marcha con el respaldo directo del pueblo.

"A cada uno su de Gaulle", dice Peyrefitte, con plena consciencia de que la propia personalidad de éste y la confianza establecida con aquél, convierten este testimonio en algo específico y distinto, sobresaliente sin ningún género de dudas, a pesar de que sobre el gran estadista francés del siglo se han publicado más de tres mil libros, compitiendo en la